

La imagen del candidato del PP a la presidencia del Gobierno

Liderazgo sin carisma

Mariano Rajoy no genera confianza, pero sí sensación de seguridad, y es más efectivo que atractivo

ANTONI
Gutiérrez-Rubí

Mariano Rajoy se enfrentará a la prueba decisiva el 20-N. Esta es su tercera y última oportunidad. Y llegará a la cita con el camino aparentemente despejado, aunque no todo parece tan claro. Su liderazgo sigue despertando dudas e incertidumbres. El semanario conservador británico *The Economist* se ha despedido recientemente contra el candidato del PP presentándolo como «el hombre que no tiene nada que decir». La publicación cuestiona su capacidad de liderazgo, la credibilidad de sus propuestas y advierte del dilema en el que va a estar atrapado en las próximas semanas: para ganar votos deberá parecer moderado, pero para ganar la confianza de Europa y de los mercados deberá mostrarse severo y contundente.

MUCHOS ANALISTAS dudan y debaten sobre si sus silencios son astucia o estulticia. Y en buena parte de la opinión publicada aflora el desconcierto y la resignación frente al hecho –¿inevitable?– de que el peor candidato de la derecha pueda ganar al mejor candidato de la izquierda. Es tal el desequilibrio en la percepción pública entre las cualidades políticas, técnicas y humanas –como ha certificado el CIS– entre Rajoy y Rubalcaba que la pregunta es inevitable: ¿puede un líder sin carisma ganar unas elecciones? Existe una notable confusión,

prejuiciosa en el caso de Rajoy y preteniosa desde sectores progresistas, respecto a que un líder deba ser carismático. No, un líder lo que debe tener es seguidores (en nuestro caso, votantes), como señala Peter Drucker, en el ámbito del liderazgo político. Un líder asume responsabilidades, un carismático puede eludirlas, ya que la principal obsesión de este último es agradar, complacer y ser amado o deseado. Carismático procede del sustantivo de origen griego que significa que quien lo posee «tiene el don de la gracia». Rajoy no es gracioso, aunque algunas de sus pifias políticas o de sus ocurrencias despierten una hilaridad nerviosa o un rubor contenido, sea cual sea el grado de proximidad emocional o ideológica con el candidato. Pero sí es un superviviente y resistente corcho en medio del bravo oleaje que ha significado su presidencia del PP, las dos derrotas electorales y la beligerancia de sus opositores dentro y fuera del partido. Como decía Disraeli, «los adversarios están en el partido contrario, pero los enemigos los tenemos en casa».

Los estrategas socialistas se equivocarán si se agarran a un clavo ardiendo como es la superioridad técnica y política de su candidato. Es cierto que Rubalcaba es el principal activo de la deteriorada marca PSOE. Y que la teoría de los ciclos políticos, la necesaria alternancia democrática, el desgaste del Gobierno en una situación de crisis extraordinaria y la melancolía de la socialdemocracia presentan un escenario con final predeterminado. En contraposición, pareciera que es la marca, la del PP, y el viento demoscópico favorable el que lleva en volandas a Rajoy. ¿Pero esto lo explica todo? El lí-



FRANCINA CORTÉS

Rajoy ha callado demasiado: amordazado, mudo o mordiéndose la lengua; no lo sabemos

der del PP no domina ninguna técnica competitiva: no habla bien, no seduce, no convence, no entusiasma. Pero estas elecciones no serán un concurso o una pasarela y, en la crisis actual, Rajoy ofrece algo más simple, básico, casi primario: seguridad. Y, en este terreno, el candidato popular presupone acción fiable y decidida frente a la narración pedagógica de su adversario. Sus contrincantes deberían concentrarse menos en ensañarse con él (los réditos son pocos y ya están descontados) y comprender qué reflejo está ofreciendo, como si de un espejo sociológico se tratara, de la sociedad española. Y actuar en consecuencia.

Rajoy, sorprendentemente, no genera confianza, pero sí una extraña sensación de seguridad. Su pertinaz discurso sobre la previsibilidad, su obsesión por el texto escrito que demuestra una cierta inflexibilidad, su constancia actitudinal que le lleva a perlas retóricas como la de que «hay que hacer las cosas como Dios manda», le muestran como una persona corriente, no excepcional. Y ahí está su fuerza. Es otro tipo de liderazgo: más rudo, más crudo, más burdo. Es un liderazgo práctico y simple, quizá demasiado para la complejidad del momento, pero que puede resultar atractivo para una sociedad preocupada, con miedo y excitada. Es la nueva autoridad. El nuevo tipo de liderazgo para sociedades en crisis. Más efectivo que atractivo.

RAJOY PUEDE obtener una victoria electoral, ciertamente. Pero puede obtener una victoria moral si demuestra que conoce mejor que nadie el estado de ánimo y el pensamiento básico de los electores, si conecta con el sustrato sociológico de fondo de los ciudadanos que sienten una necesidad –casi inconsciente– de autoritarismo simple. Rajoy ha callado demasiado: amordazado, mudo o mordiéndose la lengua. No lo sabemos. Pero el 20-N la palabra la tendrán los ciudadanos. Y es posible que, tras casi ocho años del verbo fácil, simpático y demasiadas veces imprudente de Zapatero, el péndulo histórico inevitable de la alternancia sitúe como presidente a alguien que hace buena la expresión, tan popular, que dice: *las mata callando*.

Asesor de comunicación.

El turno

JAUME
Badia

Cigarras y hormigas europeas

Cuando se reformaba el Estatut, el PP clamó contra todo y contra todos porque se le dejaba fuera del consenso. Se advirtió hasta la saciedad de que se estaba fracturando el espíritu constituyente y que eso tendría consecuencias graves a largo plazo. Era cierto: aquel momento fue clave, no solo en el alejamiento progresivo de Catalunya, sino también en el nacimiento de la reacción recentralizadora de las dos principales fuerzas políticas de matriz castellana que nos ha llevado a un tiempo político nuevo. La profundidad de la crisis está sirviendo de excusa para una inflexión involutiva en la construcción de un Estado complejo.

Este agosto, para modificar la Constitución, los líderes del PSOE y el PP han creído que con sus partidos bastaba y sobraba. Han considerado un detalle menor que las otras fuerzas del arco parlamentario quedasen fuera del consenso para mo-

Zapatero y Rajoy fijan en la Constitución lo que como gobernantes son incapaces de garantizar

dificar la ley máxima. Zapatero y Rajoy, como dos yonquis en un ataque de lucidez, quieren dejar fijado en la Constitución lo que su nula capacidad como gobernantes es incapaz de garantizar. En su agonía, Zapatero está ayudando mucho más a Rajoy que a Rubalcaba. Ya apenas importa.

La paradoja de todo es que esto no nos está pasando por una decisión voluntaria de los españoles, de sus gobernantes, sino porque nos lo exige el núcleo duro de Europa. Alemania y el BCE, que ya están hartos de aguantar que algunos países se rían de ellos en tiempos de bonanza y, cuando viene el invierno, venga pedir ayuda solidaria. Es la fábula de la cigarra y la hormiga a nivel europeo.

La mayor parte de la sociedad española no entiende por qué tanta prisa. Los diputados y diputadas en las Cortes creen que ellos sí lo entienden y saben qué hacer, pero no hacen otra cosa que bailar, como títeres, la danza esperpéntica de la impotencia. ≡

Perlas del papel

La lengua propia del PP

La derecha española redobla la ofensiva contra la inmersión lingüística

El lapsus veraniego nos ha permitido seguir alimentando la legítima sospecha de que el capitalismo financiero que nos rige está agotado, de que no aguanta la globalización sin reglas ni la especulación por la especulación. Y mientras nadie alumbraba una salida a la peor crisis económica mundial desde hace 80 años, vamos trajinado miserias. Sea la de aprovechar el agosto para perseguir con saña a los desheredados que ya solo cobran la paga de los pobres, que los ricos no han de pagar. Sea la de recastellanizar Catalunya, el vie-

jo anhelo franquista que persigue la derecha política y mediática de la democracia porque está en su ADN español.

El Mundo y *Abc*, los abanderados contra el sistema escolar de inmersión lingüística que ha garantizado la cohesión social y el catalán en Catalunya y que van pregonando que los catalanes perseguimos el español, no tienen duda. Portada de *El Mundo*: Mas considera un ataque que el español sea igual que el catalán. Portada de *Abc*: CiU



amenaza al PP por defender el español. Más claro, agua. Y el ministro de Justicia, a la hoguera. Qué sabrá él de sentencias y jueces. Portada de *El Mundo* del domingo: El ministro de Justicia falsea la sentencia sobre el español. Caamaño

manipula los fallos del TC, TS y TSJC alegando que se refieren a casos concretos y que no cuestionan el sistema catalán. El editorial salía solo: «Un ministro de Justicia que falsea y manipula de forma tan descarada las sentencias de los altos tribunales no puede continuar en el cargo. Caamaño merece ser destituido». Y el de *Abc* se sumaba ayer: «Pese a las inefables e impropias declaraciones del ministro de Justicia sobre lo que el Tribunal Constitucional decía en su sentencia sobre el Estatuto catalán, las decisiones del Supremo son muy claras: la Generalitat debe corregir un sistema educativo que vulnera la Constitución porque margina el castellano». En eso, en marginar la lengua propia de Catalunya, está el PP. Como en Baleares, Valencia y Aragón. ≡ XAVIER CAMPRECIÓS